

sus amigas y convecinas, penetré yo en la vivienda, comprendiendo que existía de veras el niño á quien suponíamos ahogado, pues en las personas que así lo aseguraban no advertí el menor pesar, ni el continente grave que la presencia del sufrimiento impone; y, en efecto, allí estaba el chico-rrotín de seis años de edad, sentado sobre una cama, desnudo, envuelto en una sábana, la cabeza empapada, los ojos inyectados por el agua, pálido, mustio, con frío y castañeteando. Contome que había entrado hasta medio río por no soltar el caballo; pero éste le arrebató el cabestro y salió solo á la otra margen, mientras á él lo arrastró largo trecho la corriente, ya sobrenadando, ya á lo somorgujo, y fué salvado por unos aguadores de la barriada de El Pueblo Nuevo, quienes lo condujeron á su casa momentos después que su madre había salido.

Cuando ésta, sollozante aún, penetra en su habitación, el niño se levanta, desarrebujándose; ella da un grito, corre hacia él, lo abraza, lo besa, lo cubre con el chal y llora silenciosamente.

—:O:—

UNA HORA EN LA PLAYA

UNA HORA EN LA PLAYA

NO bien entrada la noche, una barca nos transportó del embarcadero de Santiago Ixcuintla al opuesto arcén del río, donde se hallaban nuestras caballerías, y subimos en ellas, tomando en seguida la derrota del puerto. Iba á cumplirse uno de mis más acariciados deseos. Parecíame increíble que de ahí á pocas horas estaría disfrutando de la vista del Grande Océano y escuchando su sonoro estruendo; que al día siguiente me bañaría en sus aguas, y que iba á contemplar por algunos días sus olas, sus naves, sus playas, sus auroras, sus crepúsculos vespertinos y su cielo azulado como su inquieta superficie dilatada.

Por espacio de seis horas enfilamos una carretera polvorosa, en la que á trechos, y especialmente en El Monte Alto, se espesa más el bosque y se oscurece la vía bajo la bóveda de entrelazadas ramas de altos higuerones, camichines, licanias, cedros.

ceibas, manicarias y airés, cargados de huembes y otras enredaderas silvestres. Pasamos por algunos cortijos, grupos de chozas de estípites y ramas de palmera, el primero de los cuales estaba animado por el ensayo de una danza de indios que había de bailar en la festividad del patrono de la vecina villa, el próximo día de la Ascensión. Llegamos después á un estero encharcado de aguas putrefactas y miasmáticas, de letífera hedentina, antes del cual habíamos empezado á sentir las primeras caricias del jégón, pequeño insecto alado, casi imperceptible á la vista, que puebla el aire en las paludosas cercanías del puerto, y que nos azotaba el rostro como menuda lluvia de ardiente ceniza, y tenía inquietas y desasosegadas las caballerías los momentos en que suspendíamos la marcha. Trepamos, al fin, por una puente endeble de madera, tendida sobre otro estero, y á las dos de la mañana aportamos á San Blas, encontrándole sumergido en silencio, soledad y paz profunda.

No quise encerrarme en la Casa Blanca, hotelillo homónimo de la mansión de los sucesores de Washington, antes de satisfacer mis impacientes deseos de ver el mar; y así, sin apearnos de nuestras caballerías nos dirigimos inmediatamente á la playa. El espectáculo que se desarrolló ante mi vista en aquella hermosa noche del plenilunio de mayo, convidaba á contemplarle extasiado hasta el amanecer. La inmensa superficie móvil de las aguas; el ruido incesante de las olas, parecido al del vendaval en una gran alameda de hojas secas;

los torbellinos de espuma en que se deshacen, y luego se extienden hirviendo hasta la arena, de la que las aleja la resaca; la peña blanca que sobresale á una milla de la playa; los barcos anclados á igual distancia, delante de cuyos trinquetes brillaban las luces de farolillos que se confundían con lejanas estrellas; la dilatada costa, en cuya lejanía, hacia el sur, se alzan montes de oscuro verdor; el esplendor del cielo sereno, y la suave claridad de la luna derramada en aquel paisaje embargaron mis sentidos por una hora.....

A la luz del día era más encantador el espectáculo; parecíame haberle visto antes á través de un vidrio empañado, cuando le contemplé tendidos por mar y tierra los dorados rayos del sol naciente, que subía tras los picachos de los montes lejanos.

La blanca luz matinal hacía resaltar los vívidos colores del cielo, de los montes, de la mar, del brillante alcionio que borda la ribera y del plateado peñón inmóvil entre las aguas. No se cansaban mis ojos de aquel espectáculo, ni de aquel estruendo mis oídos, y tanta grandiosidad y belleza me hacían dudar por momentos, de que estuviese contemplando aquel inmenso océano lleno de luz, y respirando en aquel fresco ambiente embalsamado con las emanaciones marinas.

Hubiera querido penetrar hasta el fondo con la mirada, y ver bajo la superficie ondulante que los vientos agitan mansamente, ó levantan con ímpetu y furor horribles, moverse el océano en rápidas

y poderosas corrientes que se deslizan á profundidad variable é indeterminada; bajo de éstas, las aguas inmóviles, que por la presión, su densidad y la atracción terráquea no se inquietan jamás, perpetuamente tranquilas, y en el fondo, á cinco mil metros, cordilleras graníticas, bosques albarizos de madreporas, valles pedregosos, llanuras de arena, á donde no penetra la luz solar y viven plantas de mil metros, é infinitos tentáceos, pobladores de los oscuros abismos.

Representábame las coloraciones que en ciertos parajes del océano substituyen á veces su hermoso color cerúleo, tornándose las aguas amarillentas en ciertas zonas, plomizas, como densos nublados, en otras ó bien, abureladas; las regiones ecuatoriales, donde, tras los ardores de un día abrasado, se vuelve de fuego el mar, ó como inmenso lago de oro derretido, del que salen, en el movimimiento de las aguas, radiosas ondas, peces refulgentes, espumas de diamantes, y, por último, me representaba los enormes témpanos de hielo, desprendidos de las regiones polares, y que flotan mucho tiempo, arrastrados á centenares de millas.

Con su anchura de cuatro mil leguas, entre las playas americanas y el continente asiático de que nos aparta, no me inspiraba temor el Grande Océano, sino deseos de cruzar por él, deseos de un dilatado viaje, de vivir á bordo, de pernoctar sobre cubierta, contemplando los astros y aquella desierta inmensidad; deseos de una prolongada travesía llena de peripecias alegres y tristes, dulces y te-

rribles: los bailes á bordo, las tertulias improvisadas en los salones del barco, la animación del comedor, rodeadas las mesas de viajeros de naciones diversas charlotteando alegremente en tres ó cuatro idiomas; las maniobras de la tripulación, el salomar del contra maestre, el mareo, una borrasca..... Vea mi imaginación las naves de tantos pueblos que en aquel acto surcarían el Grande Océano con varios rumbos, pobladas de viajeros y cargadas de riquezas.

A veces no me parecía nuevo el panorama, sino tener ante mis ojos una oleografía que poseo, y que representa de un lado el mar sin término, cruzado de barcos, y del otro una playa montañosa de lujuriente vejetación, cuyo color reflejan las aguas, tomando, como en todos los bajos fondos, un ligero tinte verde. Pero delante de tanta realidad, ¡cuántas ideas! ¡cuántas emociones imposibles de expresar! Se levantan en el corazón todas juntas, evocando recuerdos de la infancia, del colegio, y confundiéndose con las que años atrás despertara en nosotros la lectura de poemas descriptivos de la naturaleza en el mar, de los amores, los encantos y peligros de la vida del océano; de historias de batallas navales; de viajes de descubridores, conquistadores y primeros pobladores del Nuevo Mundo, y de modernos exploradores de regiones no conocidas.

Después he navegado muchos días, largas noches, centenares de millas, sin ver tierra, y á ve-

ces, por las bramazones, ni el mar, y siempre me produce una emoción nueva.

—:0:—

MI PRIMER DÍA Á BORDO